estando algunas veces pensando razones que poder decir a los indios, se le ofrecía juntamente lenguaje con que declararlas, el cual no se acordaba haberlas jamás sabido, ni aprendido; donde se echa muy bien de ver ser este lenguaje administrado de Dios y comunicado a su siervo. Éstos fueron efectos conocidos en los apóstoles, de lo cual se siguió que por momentos crecía el número de los creyentes, y que se convertían multitud de hombres y mujeres, y con grandisísimo fervor y fe traían a su presencia los enfermos y faltos de salud para que los curasen.

Cierto es que siendo ésta condición de aquellos tiempos apostólicos, y de la primitiva iglesia, lo fue también désta, sacando los indios a bandadas los enfermos para que los ministros evangélicos les pusiesen las manos sobre sus cabezas, con que creían sanar luego de sus enfermedades (como dejamos dicho), salía gran multitud de gente a oír la palabra de Dios, crecía el número de los creyentes y convertidos, y no sólo los seguían por las calles de los pueblos donde entraban, sino por los caminos por donde iban (como en su lugar se ha visto), y en esta ciudad de Mexico y sus alderredores los iban a buscar por agua, en barquillas o canoas, para que los bautizasen y confesasen los ya bautizados; que verlos en aquellas ocasiones parecía lo que dice el evangelio de Cristo,[6] cuando se entraba en la mar y le seguían las compañas; y sino podían confesarse en las canoas se echaban a nado.

CAPÍTULO XLVII. *Que se prueba no haber hecho la total predicación del evangelio por todo el mundo. Y de aquí se sigue no haberle oído estos indios desta Nueva España, los cuales lo ignoraron hasta la venida de los españoles y predicación que de él hicieron los ministros evangélicos*

O DICHO EN LOS CAPÍTULOS PASADOS me dá motivo de tratar si la noticia del santo evangelio y conocimiento de la ley de gracia se hizo totalmente luego que lo predicaron los apóstoles o después algún tiempo. O si por ventura no se ha acabado de hacer en todos estos que han corrido, hasta los presentes en que militamos. Y parece, por muchos efectos y causas (en especial por la ignorancia que de él se halla en estas Indias), no haberse predicado totalmente, ni con la suficiencia necesaria, ni que el mundo ha tenido entera noticia de su ley; y aunque así lo pretendo probar parece por otra parte contradecir a San Pablo, que citando a David, en el psalmo diez y ocho, en la carta que escribe a los romanos,[1] dice: El sonido de sus bocas salió por toda la tierra y sus palabras por todos los fines de la redondez del mundo. De este dicho del apóstol han tomado ocasión muchos de los doctores, así antiguos como modernos, de trillar este lugar y

[6] Math. 5.

[1] Ad Rom. 10.

decir unos, uno y otros, otro, pretendiendo a cada uno reducir la inteligencia de la Sagrada Escritura a su propósito.

Pero para proceder con la claridad que siempre en estos mis escritos he pretendido (en especial por no llevar estilo de teólogo, sino de mero historiador) es fuerza tomar esta corrida de la intención del psalmo, desde sus principios, diciendo con hombres doctos que su sentido literal es tratar de los cuerpos celestiales que en su manera tienen lengua y a su modo nos hablan,[2] como diciéndonos en su hermosura, buen orden y concierto, la grandeza de Dios y su maravillosa sabiduría; dando a todas las cosas el ser que tienen y disponiéndolo con tal arte y bizarría que sola su buena y ordenada disposición predica su mucho saber y omnipotencia; y nos da a entender la providencia divina con que influye en todo lo criado. Pero dado caso que éste sea su natural y literal sentido, tiene otro que, aunque algunos le dan nombre de místico y alegórico, es también literal y de más subida inteligencia, entendido de los apóstoles y de la obra para que fueron enviados de Cristo, que fue a la predicación del evangelio. Que así lo entiende el apóstol San Pablo,[3] diciendo dellos que su sonido salió por todo el mundo y que sus palabras cercaron la redondez de la tierra. Pero porque parece que quiere decir el apóstol, por la citación deste texto del psalmo, haberse ya hecho la suficiente predicación del evangelio, en el tiempo que lo citaba y escribía. Es necesario tratarlo como los que por una y otra parte lo defienden, el elocuentísimo Chrisóstomo, Euthimio y Theofilato, comentando el capítulo veinte y cuatro del evangelista San Mateo, afirman haberse ya predicado el evangelio de Cristo por todo el mundo, en tiempo de los apóstoles, y antes de la destruición de Jerusalén y cautiverio de los judíos, hecho por los emperadores Tito y Vespasaiano. Porque de aquellas palabras de Cristo nuestro señor que dijo: Este evangelio será predicado en todo el universo mundo en testimonio a todas las gentes y luego vendrá la consumación.[4] Estos dichos autores interpretan esta consumación ser dicha de la destruición y ruina de la ciudad de Jerusalén, y de toda su tierra, hecha por los romanos. Y dicen haber sido predicado antes el evangelio a todas las gentes, de tal manera que después de aquel tiempo no hay gente que no tenga o haya tenido noticia dél, por la predicación de los apóstoles. Ésta su opión, prueban y confirman con decir que el apóstol San Pablo refiere las palabras de David de la predicación hecha por los apóstoles. Así lo dice el Tostado que debe entenderse. Y escribiendo el mismo apóstol,[5] a los colosenses, dice que oyen la palabra del evangelio como en todo el universo mundo se ha predicado, en el cual crece y frutifica. Y más abajo, animándolos a la guarda de la ley de Cristo nuestro señor, dice que estén firmes en el evangelio que han oído, como se ha predicado a toda universal criatura que milita debajo del cielo. Esto confirma San Crisóstomo, con el testimonio del mismo apóstol San Pablo, diciendo: Si un solo Pablo pre-

[2] Div. Ambr. Hexam. cap. 4. Pererius in cap. 10. Ad Rom. disput. 4. vers. 18.
[3] Div. Ambr. Epist. 85. Pererius in cap. 10. Ad Rom. disput. 4. titelm. in annotat. incognit in hunc. Psal. Lira ibid. Iansenius ibid.
[4] Math. 24.
[5] Ad Col. 1.

dicó el evangelio de Cristo, desde Jerusalén, por todos sus lugares y los demás, hasta llegar a España, como el mismo apóstol lo dice, en el fin de esta epístola, piensa bien tú los lugares que correrían los demás apóstoles sus compañeros. A ello parece aludir lo que dijo Cristo por San Marcos[6] a sus discípulos: Id por todo el universo mundo y predicad el evangelio a toda criatura. Y en los actos de los apóstoles les dice:[7] Seréis mis testigos en Jerusalén y en toda Judea y Samaria, y hasta lo último de la tierra. Y lo mismo siente Nicolao de Lira, sobre el capítulo veinte y cuatro de San Mateo: y declarando el psalmo diez y ocho de David y sobre la epístola de San Pablo escrita a los colosenses. Y lo mismo siente el Tostado en la cuestión noventa y dos, sobre este capítulo veinte y cuatro de San Mateo.

Pero Orígenes y San Agustín glorioso sienten lo contrario desta sentencia, y tienen no haberse acabado de hacer totalmente la predicación del evangelio, no sólo en el tiempo de los apóstoles, pero ni aun cuando ellos vivían no haber tenido su entero y final cumplimiento. Esto prueba Orígenes diciendo: Cerca de la consumación y acabamiento del siglo será predicado en todo el mundo el evangelio, el cual antes no había sido predicado; porque muchos no sólo de los bárbaros infieles, pero de nuestras gentes, hasta ahora no han oído ninguna palabra de nuestra cristianidad; pero entonces en todas partes será predicado para que todas las gentes oigan la doctrina evangélica y no quede ninguno que no la haya oído, y entonces será el fin y acabamiento del mundo. Y más abajo dice: Aún no está predicado el evangelio de Cristo en todo el mundo, porque según se dice no está predicado a los etiopes, ni a los seres, ni a los britanos, ni germanos, que viven junto al océano, ni a los dacos, ni sármatas, ni scythas. De todos los cuales muchos no han oído la palabra del evangelio, pero han de oírla antes que se acabe el mundo. Esto es de Orígenes.

El excelentísimo doctor de la iglesia San Agustín afirma lo mismo en el libro de la unidad de la iglesia católica, y en el de naturaleza y gracia, y más en particular en la carta que escribió a Hesychio, cuyas formales palabras son: Lo que piensas (le dice) que ya es predicado el evangelio por todo el mundo, por los apóstoles, no pienso ser así, lo cual pruebo por estos documentos. Junto a nosotros (conviene a saber) en África hay innumerables gentes bárbaras a las cuales no se les ha predicado el evangelio, como por razón y dicho de los que se traían cautivos se sabe, y están mezclados con los que sirven a los romanos. Y no es razón (dice luego) que se diga que las tales gentes sean incapaces y ajenas de las promisiones y gracia de Dios. Porque Dios en el juramento que les hizo a los descendientes de Abraham, no sólo se prometió a los romanos, sino a todos los gentiles juntamente; y en las gentes que no conocen iglesia, es necesario que la haya y que conozcan esta misericordia de Dios. Y luego prosigue: no es pues hecha cumplidamente esta predicación por solos los apóstoles, pues vemos heber gentes que aún no tienen noticia desta predicación y doctrina.

[6] Marc. 16.
[7] Ac. Apost. 1.

Siguiendo estas pisadas y palabras de San Agustín tiene esta misma opinión San Anselmo[8] sobre este mismo lugar evangélico. El argumento y razón eficaz de Orígenes y de San Agustín, para persuadirse a que no se había acabado de hacer la predicación evangélica y que se había de proseguir hasta la consumación del mundo, la infieren de aquellas palabras de Cristo que dice por San Mateo: Será predicado este evangelio por todo el universo orbe y entonces vendrá la consumación, la cual consumación entienden estos padres del fin y acabamiento del mundo.

Aunque Orígenes, San Agustín y Anselmo dan estas razones para probar su intento, no las dan para contradecir la opinión contraria, ni suelven la duda que pueden causar, no porque no supieran hacerlo, si quisieran, sino porque les debió de parecer no ser necesario y que lo dicho bastaba para persuadirnos a la verdad que testifican. Pero siguiendo esta prueba digo que esta sentencia se confirma con las palabras del apóstol,[9] en favor de los predicadores que habían de suceder a los discípulos de Cristo, diciendo a los de Éfeso. Él mismo (conviene a saber Cristo) dio a unos nombre de apóstoles, a otros de evangelistas, a otros de profetas, a otros de pastores y doctores para la consumación y perfección de los santos en el oficio de su ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta tanto que todos ocurramos al misterio de la fe y al conocimiento del hijo de Dios. Luego bien se sigue que este conocimiento no está acabado de hacer y se entiende del que se va teniendo del mismo Cristo hasta que se acaben de convertir todas las naciones y llegue a su punto la extensión de la fe y se acabe el mundo. San Marcos ayuda esta prueba con decir: Conviene predicar el evangelio a todas las gentes, las cuales todas no estaban conocidas en aquellos tiempos; y así parece que las señales que se dieron de la predicación del evangelio diciendo por el mismo San Marcos,[10] fueron y predicaron por todas partes, se declaran, por San Mateo, haberse de entender del fin y acabamiento del mundo. Y que se entienda del fin y acabamiento del mundo se prueba porque donde dice, que estando sentado Cristo nuestro señor sobre el Monte Olivete, se llegaron a él secretamente los discípulos y le dijeron: Señor, decidnos, ¿cuándo tendrán cumplimiento estas cosas? ¿Y qué señales ha de haber de vuestra venida y del acabamiento del mundo? Entonces respondió Cristo: Que no había de quedar piedra sobre piedra en sus edificios. Y antes desto había dicho: porque abundará y crecerá la malicia y la maldad; resfriarse ha la caridad en los corazones de los hombres.

Lo cual no sucedió en la primitiva iglesia, y en tiempo de los apóstoles, porque todos los creyentes en aquellos tiempos andaban fervorosos y caritativos, deseando comunicarse no sólo en cuanto a sus haciendas, pero en cuanto a sus personas y vidas en servicio de Dios y en provecho de los hombres, diciendo San Lucas, en los *Actos de los apóstoles:* Que entre todos los cristianos no había más de un corazón y una sola voluntad, los cuales

[8] Div. Ansel. in cap. 24 Math.
[9] Ad Ephes. 4.
[10] Marc. 12.

andaban tan solícitos, que de día y de noche no trataban otra causa sino sola la conversión de las gentes y propagación del cristianismo. Y esto se verá más verificado en el libro de los sacerdotes, donde decimos el fervor de los cristianos en asistir a los oficios divinos. De manera que aquellas palabras de Cristo nuestro señor no son entendidas de entonces sino de ahora, y después hasta que su majestad santísima provea de remedio, dando fin a la frialdad de los hombres que solícitos en el servicio de Satanás, se olvidan de la forzosa deuda que le deben.

De aquí se sigue que, aunque Cristo nuestro señor, en la demostración que los discípulos hicieron de la ciudad y edificios del templo de Jerusalén, desde el Monte Olivete, les respondió que toda aquella hermosura y sumptuosa máquina había de tener breve fin, no todas las razones que en orden desto allí pasaron se entienden desta ruina. Y esto pruebo por casos proféticos, acontecidos en diversas ocasiones, que hablando los profetas algunas veces de una cosa hacen paso y tránsito a otra. Isaías usa deste lenguaje en el capítulo catorce de su libro, donde hablando del rey Nabucodonosor, de su soberbia y caída grande que había de dar por ella, pasa con el espíritu desta ruina temporal a la espiritual de Lucifer, que por soberbio cayó de las alturas de los cielos a los abismos profundos del infierno. Lo mismo hace el profeta Ezequiel, que hablando en el capítulo veinte y ocho del rey de Tiro, pasa luego a contemplar la perfección del ángel malo y su caída; y así dice, ¿cómo caíste Lucifer, que resplandecías en los arreboles de la mañana? Pues siendo Cristo nuestro señor no sólo profeta, sino el mismo que da la inteligencia y saber a los profetas, en cuanto Dios, no es maravilla que use en esta ocasión del mismo estilo que acostumbran aquellos a los cuales ha dado espíritu profético. Y si en la pregunta que los discípulos le hacen de la destrucción de Jerusalén, responde que será en breve, y que no quedará en ella, ni en el templo, piedra sobre piedra; luego hace paso y tránsito desta mísera y desgraciada ruina al acabamiento del mundo; y dice que ha de haber señales algunas de su venida al juicio, como las había de haber y hubo en la ruina y desolación de aquella ciudad y templo, que primero se habrá de predicar su evangelio, el cual es muy necesario que se predique para la salud de los hombres y conocimiento de su ley. Y esto no se ha de entender de solo el tiempo de sus apóstoles, sino de aquellos que en el oficio les sucedieron. Lo cual es muy claro de ver porque diciéndole ¿que cuándo había de acaecer aquella ruina?, le dicen luego: dadnos, Señor, señales de vuestra venida y del fin y acabamiento del mundo. Porque a no hablar más que de la asolación de Jerusalén no pidieran que les dijera cómo conocerían que se había de acabar el mundo; porque parece pregunta disparatada y fuera de propósito.

El angélico doctor Santo Tomás,[11] en este lugar de San Mateo, piensa ser la sentencia de Orígenes y Agustino no conveniente al intento y propósito de el apóstol San Pablo. Porque dice: El apóstol pretende con este lugar convencer a los judíos y gentiles de gente incrédula y pertinaz, sino

[11] Div. Thom. Super cap. 24. Math.

creen al evangelio y que no son excusables de pena por esta incredulidad y dureza, como aquéllos lo fueran que no hubieran oído la voz y sonido del evangelio. Y para quitarles esta excusa prueba por el dicho davídico no haber ya gente en el mundo que no tenga noticia del evangelio y palabra de Cristo; y luego infiere: pues si esta sentencia de San Pablo y palabras de David no se entienden de cosa pasada, sino por venir y futura, luego no prueba nada el apóstol ni es de eficacia ninguna su argumento; y mucho de menos fuerza para vencer con él a los judíos y gentiles contra quien habla y pretende convencer y persuadir a su intento.

Por esta razón, que tanta fuerza le hace a este santo doctor, persuadido a que ya está hecha la total predicación del evangelio en todo el mundo, y no sólo ahora en nuestros tiempos ni en los suyos, sino en los siglos antes, cuando los apóstoles lo predicaron y derramaron por él, da tres distinciones para dar a entender que cuando San Pablo dijo estas palabras ya estaba hecha la predicación, de las cuales es la primera: Una cosa es haber corrido la fama de la predicación del evangelio, por toda la redondez de la tierra, y otra cosa haberse predicado en todo el mundo el evangelio, y haber llegado la noticia de su santísima ley por predicación a todo el mundo, y tener fundadas iglesias por todo él. Y otra cosa que todas las gentes, no sólo los reinos y provincias, hayan oído la predicación y doctrina de Cristo, sino también que todos los hombres de todos los reinos y provincias tengan noticia desta ley y predicación, sin que ninguno en particular la ignore.

De estas tres cosas niega Santo Tomás esta tercera, y dice no haberse cumplido la predicación por este modo; porque hasta ahora no está hecho, aunque habrá de cumplirse. Lo segundo, que es del recebimiento del evangelio y fundación de iglesias por todo el mundo, dice no haber de ser cumplido hasta la consumación y acabamiento dél; pero de lo primero (conviene a saber) que todas las gentes dél hayan tenido noticia del evangelio y de su predicación (a lo menos por fama pública y relación de otros hombres que lo hayan oído) dice haber sido cumplido esto en tiempo de los apóstoles y cuando San Pablo lo dijo. Esto dice el angélico doctor Santo Tomás, y le sigue el Tostado, sobre el capítulo veinte y cuatro de San Mateo.

Pero como el intento del apóstol en esta ocasión sea tratar del conocimiento del evangelio, que hace inexcusables a los judíos y gentiles de su dureza y pertinacia, no creyéndolo, la noticia sola dél, por sola fama vulgar y relación de hombres que lo digan, y no por los mismos predicadores de ese evangelio y doctores dél, no es suficiente para hacerlo creer a los hombres que lo ignoran, ni para obligarlos a su observancia y guarda; ni tampoco los hace inexcusables si no lo creyeren; y así no parece ser suficiente la distinción del angélico doctor, ni tampoco satisface a la duda. Porque decir que sola la fama basta para la promulgación del evangelio, no concluye, porque la fama no hace fe, aunque es noticia, para saber de aquella cosa que se dice; pero no con evidente demonstración, ni obliga a su observancia. Y esto confiesa Cayetano.

Para cuya inteligencia hemos de decir sus formales palabras; el cual, sobre aquellas de San Mateo, tan repetidas en este capítulo (conviene a saber), y será predicado este evangelio por todo el universo mundo, en testimonio a todas las gentes, dice así: por esto entiendo no bastar sólo la fama, y que no debe ser sabido el evangelio de todas las gentes por sola esta fama; pero de tal manera ha de ser predicado que haga fe y testimonio en todos los hombres, y de tal manera que cuando no lo crean queden sin excusa para su castigo y pena. Luego, según Cayetano, no basta para que los hombres queden sin excusa de su incredulidad, si no creyeren el evangelio que lo hayan oído por sola fama. Y luego prosigue diciendo: esta predicación del evangelio antedicha de Cristo no sé si ya ha sido cumplida, pero no dudo que se ha de cumplir.

Y más adelante prosigue: en nuestros tiempos oímos haberse descubierto muchas naciones, desconocidas de nuestros padres, cuya noticia ignoraron; las cuales naciones descubrieron los españoles, navegando hacia el polo antártico, en elevación de cuarenta grados. Estas cosas no han sido oídas en los siglos pasados, en los cuales apenas se supo haber habitación debajo de la equinocial. Esto escribió Cayetano el año del Señor, de mil y quinientos y veinte y siete, como parece del fin de los comentarios hechos al evangelio y letra de San Mateo; y, cinco años después, comentando la epístola de San Pablo escrita a los romanos, que muestra ser el año de mil y quinientos y treinta y dos, declarando las palabras del apóstol, conviene a saber, por toda la tierra salió su voz, dice: Mira, que por aquello que dice: por toda la tierra, debes entender todas las partes de la tierra, no conviene estrechar este texto, que se entienda por todas las singulares partes de la tierra, de manera que no excluya algunas; y de la misma manera, cuando dice en los fines de la tierra, etcétera, debes entenderlo de aquellos fines habitables de nuestra tierra, extendiendo el vocablo por todos los fines de estas tierras conocidas. Pero esto digo usando de esta autoridad, no de estos tiempos, sino de aquellos en los cuales San Pablo predicaba; y basta entenderse así de aquéllos y en el discurso de ellos, prosiguiendo adelante, que tenga su total cumplimiento, y así es entendido, de la manera que acerca de cada uno es suficientemente conocida la palabra de Dios. Ni es de inconveniente la autoridad del psalmo (prosigue luego) porque a la letra no trata de los apóstoles, ni de su predicación, sino de los cuerpos celestiales. Ni tampoco esta palabra *sonido* está en el texto hebreo, sino *hilo* o *línea*. Pero porque los apóstoles son cielos espirituales, usando San Pablo del sentido místico, aplico esta letra a los apóstoles y el común uso del texto griego; y así dijo *sonido*, lo cual en hebreo dice, *hilo o línea*. Esto dice Cayetano y es la misma sentencia de fray Domingo de Soto,[12] en este mismo lugar.

Benedito Pereyra,[13] en los comentarios que hace a la epístola de San Pablo a los romanos, tiene por frívola, y casi sin fundamento, la razón de Orígenes y de San Agustín, y le parece que no prueba nada en contra de la

[12] Dominic. de Sot. super, cap. 24. Math.
[13] Pereyrus. in cap. 10 Ad Rom. disput. 4.

dificultad propuesta; cuyas formales palabras, sobre el capítulo décimo de esta epístola, son: La sentencia de Orígenes y de Agustino, que dicen que en su tiempo no había sido predicado el evangelio en todas partes de la tierra, y que en aquellos tiempos había muchas gentes, en especial de las bárbaras, entre las cuales no había memoria de el evangelio, ni se había predicado, esta sentencia o probación (como digo), no parece hacer fe, porque puede suceder que se hubiese predicado la fe de Jesucristo a aquellas gentes, en otros tiempos antes; pero después por guerras y otras mutaciones y sucesos de reinos y reyes ser borrada la memoria de la ley y fe de Jesucristo, y seguirse de esto que con el discurso del largo tiempo se hubiese olvidado en los sucesores y no quedarles memoria de su doctrina.

También parece flaco y de poca fuerza (prosigue luego) el fundamento más fuerte y eficaz de esta su razón, fundado en las palabras de Cristo, que dijo por San Mateo, que después de haber sido hecha la predicación del evangelio por todo el mundo había también de ser luego hecha la consumación del mundo; que según estos doctores es el fin del universo orbe; como si no antes, sino en el mismo fin y acabamiento del mundo hubiese de ser hecha la total predicación del evangelio; porque muchos (como habemos visto antes) tienen haberse de entender esta consumación de la destruición y fin de Jerusalén; y dice entenderlo con otros así el mismo San Agustín.

La primera razón de este varón docto no me parece que hace fuerza contra dos tan sabios hombres y tan cursados en las cosas necesarias para la interpretación de las Sagradas Escrituras. Porque para haber de decir que en sus tiempos había gentes que ignoraban la fe y doctrina de Cristo, yo entiendo, y tengo para mí, que lo habrían averiguado con mucha diligencia, y gente tan cercana al tiempo apostólico (conviene a saber Orígenes, pocos años después del apostolado, y San Agustín quinientos años después de la venida de Cristo) más sabrían desto que los que ahora vivimos. En especial que dice el mismo augustino de sí mismo haber andado mucha parte de la África, donde vido naciones diversas y muy prodigiosas que no sabían de la doctrina que se les predicaba. Pues decir que pudieron haberla oído y por discurso de tiempo olvidado, no vale; porque en tan breves años no tan de todo punto pudo raerse de la memoria que toda se olvidase; que cuando no haya letras para historiar entre las tales gentes, a lo menos hay hombres memoriosos que retienen historias para contarlas a otros, y vienen de mano en mano y por tradición a las gentes futuras que los van siguiendo. De esta manera tenemos nosotros los cristianos muchas cosas de nuestra santa iglesia que ni están en el evangelio, ni en ninguna epístola apostólica y las usa ella y nosotros las creemos y guardamos y ha mil y seiscientos años que pasaron muchos de los que las usaron, y no se olvidan. Y esto les había de haber acaecido a estas gentes por correr en ellos con más fuerte y eficaz circunstancia que es la memoria más fresca que pudieran tener del evangelio, si lo hubieran oído por haber menos tiempo que les pudiera haber sido predicado. De manera que de no confesarlo estas dichas gentes se ha de creer no haberles sido predicado.

A la razón de San Mateo respondemos lo que antes tenemos dicho: que aunque es verdad que trata de la destruición de Jerusalén y de su tierra, hace paso y tránsito a la consumación del mundo, antes de la cual ha de ser hecha la total predicación del evangelio. Porque no sólo en aquellos tiempos aún se ignoraba en algunas partes de el mundo, pero aún en los nuestros hallamos la prueba de esta verdad en naciones nuevamente descubiertas. Y así dice Juanes Viguerio,[14] en su natural y cristiana filosofía, que en su tiempo fueron muchas islas descubiertas por el rey de Portugal, de las cuales jamás ha hecho memoria ningún cosmógrafo antiguo, y en ellas se conocen antípodas; y éstos negó el glorioso padre San Agustín, no porque no los hay, sino porque en su tiempo no fueron conocidos, ni descubiertos; los cuales confesara, si de presente viviera y se retratara de esto, como de otras cosas se retrató, de que tuvo contrario parecer; como parece en el libro de las retrataciones; en especial le sucediera esto acerca desto dicho por la experiencia que de ello hay, la cual no puede en ninguna manera ser negada.

No sólo puede ser lo dicho prueba de esta verdad, sino también la experiencia que tenemos del descubrimiento de este nuevo mundo que de presente habitamos, en el cual no sólo no había noticia del evangelio, pero ni aun rastro de haberla habido; y lo mismo decimos de muchas tierras y islas nuevamente descubiertas (como parece en este mismo libro) así en las Filipinas, donde hallaron los nuestros tanto número de ellas y gente en cada una sin cuento. Y los años pasados descubrió el capitán Sebastián Vizcayno, en el segundo viaje que hizo al descubrimiento del Cabo Mendocino, en la Mar del Sur, navegando hacia el poniente, una gran renglera de islas, que los que navegaban la carrera de la China creían ser tierra firme cuando pasaban por sus fronteras; y corren estas islas por muchas leguas; y en ellas y en la tierra firme destotra parte del norte, en su contraria, hallaron gentíos muchos que se admiraban de ver a nuestros españoles, y les rogaban que fuesen a sus tierras y pueblos con admiración de ver semejantes gentes y armas; y no tenían noticia de cosa de cruz, ni de Dios verdadero, ni de Santa María, ni evangelio, ni olor de haberlo tenido, por más preguntas que acerca de esto, por señas y otras invenciones, les hicieron.

Y lo que más me hace creer que el evangelio santo de Cristo no ha sido predicado, en estas partes indianas, hasta que nuestros españoles entraron en ellas, es saber como dice Viguerio, y la verdad lo manifiesta, que ninguno de los cosmógrafos o geógrafos antiguos han tratado de estas naciones, ni tierras, en especial Pomponio Mela, Estrabón, Plinio, Dionisio, Ptolomeo y otros diligentísimos autores que trataron de las situaciones de las tierras.

Supuesta esta verdad, resta declarar y absolver los lugares sagrados que parecen contradecir lo dicho. A la letra del psalmo que alega el apóstol San Pablo, que dice que salió el sonido de los apóstoles por toda la tierra, decimos que habla aquí el profeta de cosa pasada no porque entonces fue totalmente cumplido, sino por la certidumbre de la profecía, que aunque

[14] Ioan. Viguer. in Naturali Philos. cap. 2 párrafo 2. ver. 8.

no estaba cumplida, era como si lo estuviera, porque ha de tener su muy cierto cumplimiento y no ha de faltar. Como también dijo el mismo David, hablando en persona de Cristo nuestro señor, en el psalmo:[15] Agujeraron mis manos y mis pies, y contáronme los huesos; que fue tratar de la pasión de Cristo, y no se cumplió en tiempo de David, sino más de mil años después en Cristo, por quien lo había dicho; y habló de su pasión como ya pasada, por la certidumbre que había de que había de pasar así y cumplirse en él.

Lo que dice San Pablo a los colosenses de que el evangelio crece y frutifica, no ofende a nuestro intento porque allí no dice que ya ha frutificado y crecido todo cuanto había de frutificar y crecer, sino que iba haciendo estos dos efectos; los cuales no llegaron entonces a su total cumplimiento, sino que venían corriendo hasta estos nuestros tiempos y correrá este fruto y provecho adelante, hasta que sea hecha la cumplida publicación del evangelio. Lo que parece que podía hacer más fuerza es decir el mismo apóstol en esta misma epístola (como dejamos dicho) que ya el evangelio había sido predicado a toda universal criatura que milita debajo del cielo. A esto se responde que aquí el apóstol habla hiperbólicamente, cosa muy usada en las Sagradas Escrituras, y quiere decir que en muchas partes de las tierras fue predicado; como si dijésemos: todo el mundo esta en la plaza; y no lo decimos porque lo está, porque la gente de todo el mundo no es posible que esté en lugar tan pequeño, como es una plaza, sino porque usamos de este frasis y modo de hablar, para encarecer el mucho gentío que concurre en aquella parte. Y lo mismo decimos de este dicho de el apóstol, que lo entiende de muchas partes del mundo, donde fue predicado el evangelio, tomando estas muchas partes por todo él. Y esta figura llaman los sabios sinédoque, en la cual se toma la parte por el todo; y así se ha de decir que fueron las partes donde anduvieron los apóstoles, o las partes de el mundo hasta entonces conocidas. Y desta figura usa el evangelista San Lucas,[16] cuando dijo que Augusto César mandó empadronar las gentes de su imperio; lo cual dijo por estas palabras: Salió edicto de César Augusto para que se escribiese y pusiese por minuta y copia todo el mundo. Y aquí se han de entender solas aquellas partes del mundo sujetas al imperio romano. Y de esta manera se entiende el decir en los *Actos apostólicos*,[17] que el día de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo bajó sobre los discípulos, en lenguas de fuego, que estaban en Jerusalén gentes de todas las naciones que son debajo del cielo. Quiere decir que había en aquella ciudad de todos los judíos, repartidos en diversas provincias y naciones, y de las que estaban sujetas al romano imperio, entre las cuales no entran estas que ahora se han descubierto, pues ni son de ellas ni llegaron a serlo. El mismo frasis usa el profeta Isaías en el capítulo catorce de su libro, diciendo del soberbio Nabucodonosor, que cuando le viesen las gentes andar sobre sus brazos y manos, como bestia irracional, por altivez de su soberbia, dirían,

[15] Psal. 21.
[16] Luc. 24.
[17] Ac. Apost. 2.

mofando de él: ¿Por ventura es éste el varón que turbaba la tierra? ¿Que destruyó y asoló los reinos? ¿Que dejó al mundo desierto y sin gente? Y bien se ve que Nabucodonosor no destruyó todo el mundo, ni asoló todos los reinos, aunque fuesen los más de él; pero dícelo el profeta por encarecimiento, para decir la causa de su mofa. Y declarando San Gerónimo esta palabra, *orbe*, que aquí pone el profeta, dice que no se debe tomar por todo el mundo, sino por solas aquellas partes de él, según la materia de que se va tratando. Y así se debe entender de el evangelio de Cristo que se predicó por el mundo. Quiere decir por las partes dél que anduvieron los apóstoles.

Y a las autoridades que parecen querer decir que los apóstoles predicaron por mandamiento de su maestro Jesucristo, por todo el mundo, se dice que esta predicación no la hicieron ellos solos sino que la comenzaron y corrieron muchas tierras, reinos y provincias, predicándolo; pero que después sus discípulos la prosiguieron y se fue haciendo por ellos y por los que a éstos les sucedieron, y va corriendo esta predicación hasta que totalmente se acabe de hacer, y llegue la iglesia a ser cumplida en el número de creyentes, haciéndose el mundo un rebaño de Dios, y el mismo Dios pastor universal y único deste rebaño, como lo dice Cristo. Y así se ha de entender el dicho del apóstol, conviene a saber, que eligió Cristo a unos por apóstoles, a otros por evangelistas, a otros profetas, a otros pastores y doctores hasta la consumación del universo. Que quiere decir que este oficio apostólico, comenzando en aquellos tiempos, se va continuando en éstos por los sucesores de Cristo y sus apóstoles.

Y que haya de entenderse así se prueba por lo que sabemos haber andado y corrido estos sagrados apóstoles por el mundo, según lo coligimos de Orígenes, Doroteo, Eusebio, San Gerónimo, San Isidoro y otros muchos. Porque el santísimo Pedro, vicario de Cristo y cabeza desta iglesia militante, después de su benditísimo maestro, predicó primeramente en Judea, Antiochia, Galacia, Capadocia, Ponto, Asia, Bithinia y Roma. San Pablo, cuando escribió esta epístola a los romanos ya había predicado como él mismo lo dice, en el capítulo quince della, desde Jerusalén y sus confines, hasta Ilirico; luego en Roma, por tierras de Italia, y después en España, y otra vez de vuelta en Roma, donde fue descabezado. Jacobo, hijo del Cebedeo, predicó en Judea y en España. San Juan en Judea y en África la menor. San Andrés en Scithia, Europa, Epiro, Tracia y en Acaya. Jacobo, llamado hermano del Señor, en la ciudad de Jerusalén. San Felipe en Scithia y Frigia. San Bartolomé en la India citerior y en la mayor Armenia. San Mateo en Etiopía. Santo Tomás a los partos, medos, persas, bracmanes, hircanos, bractos e indios. San Simón en Mesopotamia. Judas en Egipto y ambos después en Persia. San Matías en la Etiopa interior. San Bernabé, juntamente con San Pablo, en Siria y en muchas partes de Europa y Asia y después en Cipro. De aquí queda sabido que ninguno de los apóstoles predicó en este nuestro orbe, pues no se nombra; porque a saberse dél no dejara de haber memoria de sus moradores, pues no es tan pequeño este nuevo mundo que no pida muy particular y admirable memoria.

Aunque dice Lira que San Marcial, discípulo de San Pedro, predicó en toda la Francia y España, y con esto quiere probar que en tiempo del apóstol San Pedro, y antes de la destruición de Jerusalén, fue hecha la predicación evangélica. Concedo que predicó en aquellas partes, pero no por eso se hizo la total predicación del santo evangelio, si no es que se entiende de aquellas regiones y provincias hasta entonces conocidas y esto ya lo tenemos concedido; pero que se siga de haber predicado aquel santo discípulo, en aquellas partes que ya por otros estaba hecha la total predicación en estas regiones dichas, no lo concedo. Pero como a la sabiduría de Dios está dada la reserva de todas estas cosas que sabe todo lo pasado y por venir, y tiene medido el mundo a puños, como dice el profeta, por eso digo que será muy fácil al juicio de los hombres errar. Y si de lo dicho no se tomare lo que sienten los que en confirmación de mi intento refiero en este capítulo, lo sujeto a la corrección de la santa madre iglesia católica romana y a mejores juicios y pareceres.

CAPÍTULO XLVIII. *Que contiene una carta, de la cual se colige cómo nuestro Dios en estos tiempos tenía ordenado de llamar a los indios a su santa fe, y cómo ellos de su parte estaban dispuestos para recebirla*

ENTRE LOS CAPÍTULOS DESTE LIBRO QUISE PONER una notable carta que un fraile menor escribió desde el Río de la Plata al doctor Juan Bernal Díaz de Lugo, siendo oídor del Real Consejo de Indias, que después fue dignísimo obispo de Calahorra, de la cual claramente se coligen tres cosas. La primera, que el descubrimiento de las Indias no fue casual sino misterioso, ordenado por la sabiduría y bondad divina para la conversión y salvación de los naturales dellas, que Dios tenía para sí escogidos (como yo lo tengo tratado en el proceso desta historia). La segunda, que los indios de su parte estaban dispuestos para recebir la fe católica, porque antes que recibiesen violencias de los nuestros, nunca hicieron mal a los que entraban en sus tierras; y como no tenían fundamento para defender sus idolatrías, fácilmente las fueron poco a poco dejando. La tercera, es el celo que siempre han tenido y mostrado los religiosos para la conversión destas gentes, y lo mucho que ha aprovechado para su conservación y cristiandad. Esta carta en su original fue derecha a Sevilla, y de allí vino abierta a esta Nueva España, y la hubo el padre fray Toribio Motolinía, y sacado el traslado della envió el original al mismo doctor Bernal. Dice, pues, así la carta: Aunque vuestra merced no tiene noticia de mí de vista, ni habla, cónstame que la tiene por relación del licenciado Gudino, que reside en Sevilla, el cual sé que es muy servidor de vuestra merced y él me dijo que vuestra merced me mandaba le avisase las cosas que tocasen al servicio de Dios y de su majestad. Yo, señor, soy el fraile de San Francisco de la Provincia